

y yo me fui preparando para
la grande exaltación que no
terminará ni con la muerte...

En Marcha

XXVI

Ese día - 17 de Noviembre! - ama-
necimos en las alturas que dominan
el Valle de México. El carruaje se de-
tuvo: por un lado salté yo la tierra
y por el otro Romero Rubio y Baz. La
atmósfera resinosa de los pinos me
hacía mucho bien á los pulmones. El
sol comenzaba á salir iluminando el
maravilloso paisaje que se extendía á
nuestros pies. El lago de Texcoco á nuestra
derecha, herido por los primorosos rayos,
resplandecía y centelleaba; más allá
los volcanes dejaban ver sus nieves e-
ternas medio veladas por girones de
nubes. Más acá, hacia el Oriente, se
distinguan las planicies desiertas de
San Jázaro; y allá, en el Oeste, sur-
gia la capital, apenas visible

por los grandes volúmenes de niebla que flotaban. Pero muy pronto los rayos solares más intensos fueron deshaciendo la niebla, llenando el valle de fulgores; entonces se vio un bosque de cipulatas y de toros destacándose en un cielo azul purísimo y con un fondo no menos azul de montañas....

Juan José Barz asió sus grandes gemelos marinos en dirección de la ciudad abandonada. Después de observar un momento, me los pasó diciendo:

¡Hombre! Mire Ud, Don Sebastián, aquellos son cohetes..... ¿percibe Ud. el repique á vuelo de las campanas de catedral?

Muy distintamente, con las ondas sonoras, venían hasta nosotros esos mis rumores de un pueblo alborotado.

— Ya, ya volveremos, y entonces..... volví la cara. Ésta el Sr. Romero—

quien pronunciaba esas palabras, amenazando con el puño a la ciudad, nervioso, frenético. Después, sentándose en la yerba sacó su pañuelo y comenzó a llorar.....

— No lloro por mí, sino por mi familia, decía sollozando.

— Pero Compañero —replicó Barz— ¿es Ud. el único q. deja familia?

Referir aquí las jornadas y las descripciones, sería fatigar inútilmente a mis lectores. Cada legua era una traición y una celada. Algunos sefeciños nos miraban con insolencia, otros con desprecio, y más de un soldado con hastío. Y realmente teníamos derecho a la compasión: íbamos hacia adelante sin saber a donde íbamos. Inútiles como mujercuelas para montar a caballo,

de profesiones sedentarias, á uno de nosotros, al Sr. Romero Rubio, hubo necesidad de amarrarlo en la montura para que no se cayera, pues jamás en la vida (él lo confesó así) había andado á caballo. Cuando llegamos á Acapulco, después de la malandanza de Poquinto Huato, todos, llegábamos con hemorroides. Teníamos por enemigo á todo el reino animal: los hombres nos querían fusilar, las garrapatas y los mosquitos nos atormentaban, y por último, hasta las mulas rechazaban nuestra carga. Así, cuando de improviso, al descender una montaña, nos hallamos un día á las puertas de Acapulco, no pudimos menos de regocijarnos grandemente. Era el Oasis después del desierto. Los bosques de palmeras, de mangos y de tamariños, los arroyos de cristá-

ljas aguas, la hermosa bahía en forma de herradura, los botes pescadores que se divisaban allá á lo lejos, y luego, el horizonte del mar sin límites, formaban un conjunto tan imponente y nuevo que hacía bien al abatido espíritu y al dolorido cuerpo.

× × ×
A los tres días, una radiante mañana nos embarcamos en presencia de toda la población del puerto: el vapor americano San Juan nos recibió hospitalariamente. A las tres de la tarde el buque dió los primeros pitidos de marcha, la hélice comenzó á moverse, y media hora después nos hallábamos fuera del puerto, ya en ruta para Panamá, pero todavía en aguas de México. ¡Qué triste despedida! Ni un pañuelo se agitaba

allá en la playa, ni una lágrima se derramaba por nuestra ausencia. A las cinco de la tarde las costas de Acapulco principiaron á borrarse, perdiéndose muy pronto en la bruma, como una línea que se desvaneció. Yo permanecí sobre cubierta, apoyado en el palo de popa, queriendo ver todavía una vez más esa querida patria que parecía sumergida en las tumultuosas olas. El sol se puso, las aves marinas se dirigían en paradas hacia tierra. felices ellas! — las sombras de la noche ennegrecieron las aguas del Pacífico, y las estrellas, allá en el espacio infinito, cintilaban, clara, muy claramente, con esos misteriosos destellos que tienen los astros cuando se contemplan desde alta mar!

Segunda Parte.
 —
 En el destierro.
 —